

— Basta, Varney, no he dicho á vm. que tomaré con precipitacion, y sin una atencion conveniente al bien público, el partido á que me inclinaba mi gusto por el reposo y por la dicha propia. Vm. será testigo, Varney, de que si triunfo de mis deseos por el retiro, no es por miras de ambicion, es por mantenerme en el puesto en que podré ser útil á mi patria en los momentos de urgencia. Que esten prontos los caballos: me vestiré de lacayo, y mi caballo llevará la maleta. Vm. será hoy el amo, Varney: tome vm. todas las precauciones para evitar las sospechas. Partirémos al punto; estoy pronto, y solo me resta despedirme de la condesa. Impongo á mi corazon una obligacion cruel, con la que hiero á otro mas querido todavía; pero soy patriota, y los deberes de un ciudadano imponen silencio á los de un esposo.

Habiendo dicho esto con tono firme y con acento melancólico, salió del cuarto en que acababa de vestirse.

— Me alegro de que te vayas, pensó Varney, pues aunque estoy familiarizado con las locuras humanas, no hubiera podido dejar de reirme de la tuya en tu presencia. Acaba de cansarte pronto de tu nueva prenda, de este juguete coloradito, digna hija de nuestra madre Eva; nada me importa. Pero guar-

date bien de cansarte tan pronto de la antigua, la ambicion; porque al subir la montaña, milord, lleva vm. á Ricardo Varney á la cola, y como espera aprovecharse de la elevacion de vm., nada omitirá de cuanto pueda contribuir á hacer que llegue á la mayor altura que sea posible. En cuanto á vm., mi linda señora, que se empeña en querer representar el papel de condesa, la aconsejo irse con piés de plomo, pues de otro modo el drama podrá concluirse de un modo trágico. Será vm. hoy el amo, me ha dicho: á fé mia podrá suceder que haya hablado con mas verdad de lo que pensaba. Y de este modo, siendo él mirado de tantos hombres sensatos y de discernimiento por un político tan profundo como Burleigh y Walsingham, por un guerrero tan hábil como Sussex, se somete á uno de sus servidores, y todo eso por una tez sonrosada, y un par de ojos negros. ¡Que linda caída para un ambicioso! y sin embargo, si pierde la chabeta, puede alegar milord en su favor como una buena disculpa las gracias encantadoras de la condesa. Dejemos pues correr la bola; él trabajará para elevarme, ó yo para prosperar; y en cuanto á esta linda condesa, si no habla de su escena con Tresilian, de lo que se guardará bien, será preciso que haga conmigo causa comun, que

tengamos nuestros secretos, y nos apoyemos recíprocamente, por mas que pretenda despreciarme. Vamos á preparar los caballos de milord; vendrá un tiempo quizá en que mi caballerizo me preparará los míos.

Al decir esto salió del cuarto.

Al mismo tiempo habia ido el conde á despedirse de prisa de la amable condesa, temiendo esponerse á oír de nuevo una demanda que sentia rehusar, pero que, segun la conversacion que acababa de tener con su primer caballerizo, estaba resuelto á no conceder.

La encontró vestida con una zamarra de seda blanca guarnecida y forrada de pieles, sus piececitos medio enchancletados, sin haberse calzado aun las medias, sus largos cabellos tendidos sobre su cuello y espaldas, y casi sin otro adorno que sus gracias, que parecia aumentaba el pesar que le causaba el momento de la separacion.

— A dios, Amy, á dios, amor mio, la dijo el conde sin poder apenas saciarse de abrazarla, y volviendo muchas veces á darla mil y mil besos. El sol aparece ya sobre el horizonte, no puedo detenerme mas. Debiera estar ya á diez millas de aquí.

Así es como trataba de abreviar los instantes de tan cruel separacion.

— ¿Y no accedes á mi demanda? le dijo la condesa sonriendose. ¡ Ah! ¡ caballero desleal! ¡ que caballero cortés ha rehusado jamas otorgar á su dama el don que ella le pidiese con los piés desnudos en chancletas?

— Pideme todo cuanto quieras, Amy, y te lo acordaré; solamente esceptno lo que pudiera perdernos á los dos.

— Pues bien, ya no te pido reconocerme al punto por lo que me haria el objeto de la envidia de toda la Inglaterra, por la esposa del mas noble, del mas valiente, del mas tiernamente querido de los barones ingleses; pero permiteme comunicar este secreto á mi padre, y aliviar el dolor que le he causado. Dicen que está gravemente enfermo.

— ¿ *Dicen*? repitió con viveza el conde: ¿ quien te lo ha dicho? ¿ No ha participado Varney á tu padre todo lo que puede saber en el día, es decir, que eres dichosa y gozas de salud? ¿ No te ha dicho que habian encontrado al buen anciano divirtiendose en su ejercicio favorito? ¿ Quien te ha hecho creer lo contrario?

— Nadie, conde mio, nadie, respondió la condesa asustada con el mismo tono que le hizo esta pregunta. Sin embargo desearia mucho asegurarme por mis propios ojos de la salud de mi buen padre.

— Eso no es posible, Amy. No puedes tener por ahora comunicacion alguna con tu padre, ni con ninguno de su casa. ¡ Hermosa política seria dar parte de semejante secreto á tantas personas! Por otra parte, Trejilian, ó Tresilian, ó como se llama, ¿no está siempre en casa de tu padre? ¿no le confía el anciano caballero todos sus secretos?

— Mi padre, conde mio, está conocido hace mucho tiempo por un hombre prudente y respetable; y en cuanto á Tresilian, apostaria la corona de condesa, que podré algun dia ponerme en público, á que si podemos perdonarnos la injuria que le hemos hecho, es incapaz de volver mal por mal.

— No me fiaria yo sin embargo, Amy, no me fiaria de él. Mas quisiera que se mezclase en mis asuntos el diablo que Tresilian.

— ¿Y por que, conde mio? le preguntó la condesa, aunque temblaba interiormente por el tono decidido con que él se explicaba: ¿por que tienes tan mala opinion de Tresilian?

— Señora, respondió el conde, mi voluntad debe ser para vm. una razon suficiente. Pero si vm. desea saber mas, considere vm. con quien está ligado Tresilian. Es el amigo, el protegido de ese Radcliffe, de ese Sussex, contra quien con muchísimo trabajo defiendo mi terreno en los favores de una ama recelosa.

Si obtuviese sobre mí la ventaja de hallarse informado de nuestro casamiento ántes que Isabel estuviese bien dispuesta á saberlo, serian inevitables mi desgracia y mi ruina, y podria ser tal vez víctima de su enojo, pues participa del carácter de su padre Enrique.

— Pero ¿por que, conde mio, has concebido una opinion tan injuriosa de un hombre que apenas conoces? No conoces á Tresilian sino por mí, y yo te aseguro que nada hay en el mundo que pudiese hacerle faltar á su deber y descubrir nuestro secreto. Si he ofendido á Tresilian por tu causa, debo desear mucho mas que le hagas justicia. Si basta hablarte de él para ofenderte, ¿que dirias al saber que le he visto?

— ¡Que le has visto! repitió el conde arqueando las cejas. Harias bien en tal caso en guardar el secreto como se guardan los de la confesion. No deseo la ruina de nadie, pero el que quiera penetrar mis secretos, que se guarde bien de mí. El javalí no sufre que nadie atraviese la senda que ha trazado.

— ¡Pobre de mí! dijo la condesa en voz baja perdiendo el color.

— ¿Que tienes, mis amores? la dijo el conde sosteniendola entre sus brazos; vuelvete á la cama, has madrugado demasiado. ¿Tienes algo que pedirme que no pueda com-

prometer mi fortuna, mi vida y mi honor?

— Nada, nada, respondió con voz débil. Deseaba hablarte de otra cosa, y se me ha olvidado.

— Te acordarás cuando volvamos á vernos, mis ojos, la dijo el conde abrazandola con ternura; y á escepcion de esas demandas que no puedo ni me atrevo á concederte, será preciso que tus deseos sean superiores á cuanto la Inglaterra y sus dependencias pueden proporcionar, para que no se vean cumplidos á la letra.

Dicho esto, partió: luego que bajó la escalera, Varney le dió una capa y un sombrero para disfrazarse. Estaban prontos los caballos en el patio para él y para Varney; porque dos criados iniciados hasta cierto punto en el secreto, es decir, que creían que su amo tenía en aquel sitio una intriga con una dama cuyo nombre y clase ignoraban, habian partido ya por la noche.

Tony Foster tenía por la brida al caballo del conde, caballo vigoroso y ágil, mientras su criado presentaba otro mas brillante y mas bien enjaezado á Ricardo Varney que debía representar el papel de amo en el camino.

Sin embargo, viendo que el conde se acercaba, Varney se adelantó para tener las riendas del caballo de su amo, é impidió á Foster

cumplir esta funcion, mirandola sin duda como uno de los privilegios de su empleo. Foster sintió perder la ocasion de hacer la corte á su patron, pero cedió el puesto á Varney, sin atreverse á replicar. El conde montó á caballo distraido, y olvidandose de que siendo criado debía ir detras de su amo, salió del patio sin pensar en Varney, saludando con la mano á la condesa que le dirigia la última despedida con un pañuelo desde una ventana.

Mientras se disponia á salir del patio, dijo Varney: — He aquí una nueva política, el criado dejando atras á su amo. Y aprovechandose de este instante para hablar á Foster le dijo: Me miras de mal ojo, Tony, segun parece; si te he privado de una sonrisa de milord, le he recordado te deje una recompensa de tus fieles servicios que no te será desagradable. He aquí una bolsa de oro capaz de satisfacer á un avaro. Tomala, añadió mientras se serenaba el rostro de Foster, y añade ese oro al que dió anoche á Juanita.

— ¡ Como! ¿ que dice vm.? ¿ ha dado oro á Juanita?

— Sin duda; ¿ y por que no? Los servicios que hace á la condesa ¿ no deben ser recompensados?

— No le tocará: es preciso que le devuelva.

Conozco á milord, le gustan las caras nuevas, sus afectos se cambian como los cuartos de luna.

— ¿Has perdido la chabeta, Foster? ¿Puedes soñar tal dicha? ¿te imaginas que milord está prendado de tu hija? ¿ Quien diablos se detiene á escuchar á la alondra mientras canta el ruiseñor?

— Alondra ó ruiseñor, todo es bueno para el que tiene aficion á coger pájaros; y yo sé, señor Varney, que está vm. acostumbrado á ojear los pajarillos para que caigan en la liga. No quiero que haga vm. con Juanita lo que ha hecho con muchas otras pobres muchachas. ¿ Se ríe vm.? Repitole que quiero salvar siquiera un miembro de mi familia de las garras de Satanás, y puede vm. contar con eso. Devolverá el oro.

— O te le dará á guardar, Tony, lo que vendrá á ser lo mismo. Pero tengo que hablarte de otra cosa mas seria. Nuestro amo va poco satisfecho de nosotros.

— ¿ Que dice vm.? ¿ Se ha fastidiado ya de su prenda, de su juguete? Ha gastado por ella lo que bastaria para rescatar á un rey cautivo, ¿ y estará arrepentido de?....

— No por cierto, Tony; se muere por ella, y por ella quiere dejar la corte. A dios entónces nuestras esperanzas, nuestras pose-

siones y nuestra seguridad. Nos obligarán á dejar los bienes de la iglesia, y nos daremos por contentos si no nos obligan á pagar las rentas percibidas.

— Seria arruinarnos, dijo Foster temblando de miedo; y todo eso por una muger! Si fuera por el bien de su alma, santo y bueno. Yo quisiera tambien algunas veces retirarme del mundo engañoso que me seduce, y ser uno de los mas pobres de nuestra congregacion.

— No es tarde todavía, Tony, pero creo que el diablo no perderá nada con tu pobreza involuntaria, y tú no ganarás de otro lado. Pero sigue mis consejos, y podrás obtener todavía la propiedad de Cumnor-Place. No hables con nadie de la visita de Tresilian, ni una palabra sin que yo te lo diga.

— ¿ Y por que asunto? preguntó Foster receloso.

— ¡ Pobre mentecato! segun el humor de milord, seria el medio de confirmarle en la idea de retirarse. Si supiera que tal fantasma se ha aparecido á la condesa en su ausencia, querria ser el dragon para guardar sus manzanas de oro. Y entónces, Tony, ¿ que te resta por hacer? A buen entendedor pocas palabras. A dios, tengo que seguirle.

Diciendo esto , picó la espuela al caballo , y partió á carrera hasta alcanzar á su amo.

— ¡ El diablo te desnude , pagano maldito ! dijo Foster viendolo alejarse . Es preciso sin embargo ejecutar sus órdenes , pues los dos tenemos el mismo interes . Pero Juanita me entregará esas monedas de oro , las emplearé de un modo ó de otro en el servicio de Dios , y las guardaré aparte en mi baul hasta que encuentre ocasion de invertirlas bien . De otro modo podria salir de ellas un vapor contagioso que perderia á Juanita . No , no , es preciso que permanezca pura como un ángel , para que pueda rogar á Dios por su padre . Sus oraciones me son necesarias , porque sigo un camino peligroso . Corren rumores estraños sobre mi modo de vivir . La congregacion me mira con frialdad ; y cuando el señor Holdforth en su último sermon comparaba los hipócritas á una sepultura blanqueada cuyo interior está lleno de huesos humanos , me pareció que se dirigia á mí . ¡ Estos puritanos son tan rígidos ! ... Pero verémos Voy á leer mi Biblia una horita ántes de abrir mi baul .

Al mismo tiempo Varney se reunia con el conde que le aguardaba en la puerta del parque por donde Tresilian habia salido el dia anterior .

— Pierde vm. el tiempo , Varney , le dijo el conde , y los momentos son preciosos . Es preciso que yo llegue á Woodstock para dejar mi disfraz , y hasta allí no camino sin peligro .

— Es obra de dos horas , milord . Heme detenido un instante por recomendar de nuevo á Foster todo el posible cuidado para que no se trasluzca nuestro secreto , y para pedirle noticias de un hombre que destino á reemplazar á Trevors en el servicio de usía .

— ¿ Le cree vm. propio para ocupar aquel destino ?

— Parece muy á propósito , milord . Pero si quisiera vm. continuar su viage sin mí , volveria á Cumnor , y le llevaria á Woodstock ántes que haya dejado vm. su cama .

— Vm. sabe bien que en aquel momento suelo dormir profundamente ; pero camine vm. aprisa para poder hallarse allí cuando yo me levante .

Dicho esto , partió á carrera , mientras Varney volvió á Cumnor por el camino real , evitando el pasar junto al parque . Se apeó en *el Oso negro* , y preguntó por Lambourne . El respetable sobrino del posadero no tardó en presentarse á su nuevo patron , aunque algo humillado .

— Has perdido las huellas de tu camarada

Tresilian, dijo Varney, tu cara me lo está diciendo. ¿Es esa toda tu destreza tan cacareada, impudente bribon?

— Voto á Dios, dijo Lambourne, jamas ha seguido nadie mejor las huellas de un raposo. Le he visto esconderse aquí en casa de mi tio, le he visto cenar, le he visto entrar en su cuarto, en una palabra me he ocupado en seguirle como su sombra, y zás, ántes de amanecer habia ya partido, sin que le haya visto nadie, ni aun el mozo de la cuadra.

— Estoy por pensar que quieres engañarme; pero si vengo á descubrirlo, á fé mia que te arrepentirás.

— Al mejor sastre se le cae la aguja. ¿Tenia yo interes alguno en hacerle desaparecer? Pregunte vm. á Gil Gosling, mi tio, á sus criados, al mozo de la cuadra, á Cicily, á toda la casa, si le he perdido de vista hasta que se acostó. ¡Que diablos! yo no podia encajarme en su cuarto como un enfermero, despues de haberle visto entrar en él. Es preciso que convenga vm. en eso.

Los informes que tomó Varney en la posada confirmáron cuanto habia dicho Lambourne. Todos dijéron que Tresilian habia partido de noche sin haber advertido á nadie.

— Pero es cosa justa decir, añadió el posadero, que ha dejado sobre la mesa el dinero

del escote, y la propina de los mozos, que pudiera haberse ahorrado, porque no ha querido incomodar á nadie ni aun para ensillar el caballo.

Convencido de que Lambourne no le habia engañado, empezó Varney á hablarle de sus proyectos, diciendole que Foster le habia informado de su disposicion á entrar en el servicio de un señor.

— ¿Ha estado vm. alguna vez en la corte? le preguntó.

— No, respondió Lambourne, pero desde la edad de diez años he soñado todas las semanas que estaba en ella y que hacia fortuna.

— Si el sueño no se verifica, la culpa será de vm. ciertamente. ¿Tiene vm. necesidad de dinero?

— Jamas tiene dineros de sobra el que gusta de divertirse.

— Basta esa respuesta, es escelente. ¿Y sabe vm. que calidades debe tener el que entra en el servicio de un cortesano?

— Creo que debe tener abiertos los ojos, la boca cerrada, la mano dispuesta á cuanto se ofrezca, sutil el ingenio, y ancha la conciencia, sin parar en barras.

— ¿Sin duda hace mucho tiempo que la tuya no conoce el miedo?

— No me acuerdo de que le haya conocido

jamas: cuando era muy jóven, queria algunas veces alzar la voz, pero el tumulto de la guerra la ha traído á raya, y se ha anegado enteramente entre las olas del Atlántico.

— ¿Has servido en las Indias?

— En las orientales y en las occidentales, por mar y por tierra. He servido al Portugal y á la España, á la Holanda y á la Francia, y he hecho la guerra por mi cuenta y riesgo con una compañía de gente animosa á bordo de un bergantin velero, que retaba al otro lado de la línea á todo el mundo que se presentase.

— Pues bien, puedes ser útil á milord y á mí mismo. Pero ¡cuidado con ella! conozco el mundo; ¿podrás servir con fidelidad?

— Si vm. no conociese el mundo, le debiera responder afirmativamente sin vacilar, y jurarlo por mi honor y por mi vida. Pero como vuestra merced desea sin duda una respuesta dictada por la verdad mas bien que por la política, le diré que puedo ser á vm. fiel hasta el pié de la horca, hasta que tenga el dogal en el cuello y el credo en la boca, si me tratan y me pagan bien; y sino, no.

— Y á todas las otras virtudes, dijo Varney con ironía, sin duda añades la facultad feliz de poder parecer grave y religioso en caso necesario?

— Poco me costaria dejar á vm. en esa idea; pero si he de responder en plata, le diré que no. Si necesita vm. de un hipócrita, allí tiene á Tony Foster que desde niño se vé atormentado por las visitas de esa fantasma que llaman religion, aunque en resumidas cuentas el diablo no pierde nada con él por eso. No, yo no soy de esa catadura.

— Pues bien, si no eres hipócrita, ¿te hallas bien montado?

— Sí por cierto; tengo un caballo que salta las acequias y los arroyos como el mejor que se puede presentar. Cuando hice una salidita en Shooters-Hill, diciendo cuatro palabras en el camino real á un hacendado que llevaba un buen bolsillo, me sacó del paso en un instante, á pesar de los que me diéron el alcance.

— Pues bien, á caballo al punto y sigueme. Deja aquí tu equipage. Vas á entrar en el servicio de un hombre con el cual si no prosperas no será la falta de la fortuna, sino la tuya.

— Consiento desde luego de todo corazon: es asunto concluido. ¡Holá! ¡eh! que ensillen mi caballo al momento. ¡Cicily! ¡gentil Cicily! ven á despedirte de mí, y te daré la mitad de mi bolsillo para consolarte del dolor de mi ausencia.

— ¡Par diez! dijo Gil Gosling que acababa